Un poema de Joaquín Benito de Lucas

Leopoldo DE LUIS

He abierto al azar un libro de Joaquín Benito de Lucas y he encontrado este interesantísimo poema: "Lugares santos".

Hay muchas formas de peregrinar,
muchos lugares santos:
Roma, Jerusalén, mi corazón,
la ruta de la seda, caravanas
a palmira, el Camino de Santiago,
Bagdad hacia la Meca,
el pasillo que lleva a mi desgracia.
Yo quería marcharme
lejos, lejos... ¿de dónde?
De ti, de mí ... ¿hacia dónde?
Los países que en sueños conocía
me abrían sus puertas como la tormenta
abre sus nubes de agua.
y salí de mi casa,
de ti, de mí... salí sin ser notado,
hacia el país de la miserioordia,
tan próximo y distente,
tan remoto y cercano,
que tardé solamente
cincuenta y tantos años en tocar sus murallas.

Sí. En efecto. Vivir es una invitación al viaje, un viaje hacia uno mismo. Benito de Lucas no es un poeta filósofo y, sin embargo, en este libro nos presenta un tema existencial. Viajamos en largo recorrido para llegar a nosotros. Dicho así, hubiera podido esperarse un poema de grave reflexión, de consideraciones morales, aun de sentido escatológico. Una meditación en torno a las postrimerías o un planteamiento existencial. Pero Benito de Lucas demuestra ser un poeta, en la mejor expresión de la palabra, sabio artífice de la expresión poética. Su poema es eso: nada más y nada menos que eso: un auténtico poema, sin ganga ni lastres metafísicos:

"Hay muchas formas de peregrinar,"

El primer verso ya nos sitúa, merced a este verbo de movimiento, al borde del camino. Somos seres lanzados al mundo para caminar. Homo viator. Caminar ¿a dónde? Pero el verbo empleado no es caminar , sino peregrinar, que posee unas connotaciones cuasi místicas. El que peregrina lo hace movido por el deseo de santificación: le anima, pues, un ideal de rango espiritual. De ahí que el verso segundo:

"muchos lugares santos"

nos aclare destinos posibles, y cite Roma -símbolo de la iglesia católica-, Jerusalén -símbolo de la iglesia judía-, La Meca -símbolo de la iglesia mahometana-, Alude a la remota penetración comercial de oeste a este. Cita las caravanas a la Palmira de la Siria aramea y el Camino de Santiago hacia el legendario sepulcro del Apóstol. Pero la sacudida electiva -y afectiva- de la enumeración reside en que, a la mitad, entre los nombres introducidos aparece "mi corazón como un punto más de peregrinaje, y todos ellos culminando en el séptimo verso:

"el pasillo que lleva a mi desgracia."

Así es como las citas geográfico-místicas se transforman en poesía lírica, porque es el alma mis-

ma del poeta lo que late por dentro del enunciado. La segunda estrofa lo confirma y refuerza:

"Yo quería marcharme
lejos, lejos... ¿de dónde?"

y la respuesta es de nuevo sorprendente:

"De ti, de mí..."

La huida, pues, no era sólo física, sino moral. Los dos pronombres, que pueden ser en realidad uno mismo corroboran el sentido moral del poema, porque el ser humano es un exiliado de su propio territorio. Es un ser-hacia. Y los países recorridos son siempre utópicos y en ellos se abre la tormenta que es la vida.

La estrofa final descubre el enigma y abre la simbología:

"Y salí de mi casa," dice el poeta. Casa representa aquí todo el contexto vital del autor: aquello de lo que quisiera desprenderse en su viaje-hacia, en su ir a buscarse a sí mismo. Para no perder el hilo ligeramente místico con que se inició el poema, dice que:

"salí sin ser notado"

tomando prestado el verso de San Juan de la Cruz. Salió, y se dirigió

"hacia el país de la misericordia."

Para captar del todo el genitivo quizá convenga recordar la genealogía de la palabra: del latín mísero, en su sentido de desgraciado -"ay mísero de mí, ay infelice," exclamaba Segismundo- y de corazón. El país de la misericordia es el hombre de corazón atribulado y tal vez apiadado de sí mismo. País a la vez próximo y lejano, como cada uno de su propio ser. Llegar a tal encuentro es el devenir de la poesía, y en cada momento nos cuesta tanto como nuestra propia edad.

Precioso poema de original simbología, a pesar de que parta del tema tradicional de la vida como un viaje. Todo lo que no es tradición es plagio, decía don Eugenio D'Ors. En este poema hay tradición y originalidad. Posee, sobre todo, el acierto de mezclar términos reales y físicos con términos de meditación metafísica.

¿Visitó el poeta los "Lugares santos" cuyos nombres esmaltan el poema, y de la contemplación nació la reflexión? ¿La inquietud existencial llevó al poeta al recuerdo de una geografía santificada?

Un solo poema, bien leído, puede evidenciarnos la calidad y la hondura de un poeta. La pieza que acabo de comentar nos da ese testimonio del poeta Joaquín Benito de Lucas.

Homenaje a Leopoldo de Luis en el Ateneo de Madrid. De Izq a Dcha, Leopoldo de Luis , Jacinto López Gorgé y Joaquín Benito de Lucas. Durane la cena en el Hotel Victoria. (Mayo de 1994)